CARLOS BERNARDO GONZALEZ PECOTCHE
(RAUMSOL)

EXÉGESIS LOGOSÓFICA

El hombre deberá empeñar sus mejores esfuerzos y energías en buscarse a sí mismo. Sabrá prevenirse contra el engaño de las apariencias para conocerse tal como en realidad es. Se encontrará en la humildad de su corazón, en la inocencia de su alma, en la pureza de su espíritu, y desde allí con la mente limpia y resplandeciente, gustará las excelencias inefables de la vida superior.

BUENOS AIRES
REPUBLICA ARGENTINA

EXÉGESIS LOGOSÓFICA

ISBN: 978-9974-8501-6-3
Título: Exégesis Logosófica
Sello Editorial: Fundación Logosófica del Uruguay (9974-8582)

Nota del Editor

La Fundación Logosófica del Uruguay se complace en poner en manos de los lectores la edición facsimilar del libro "Exégesis Logosófica", de Carlos Bernardo González Pecotche (RAUMSOL), que reproduce la publicación que se terminó de imprimir en Montevideo el 21 de febrero de 1956.

Motiva esta publicación el propósito de facilitar el acceso de los investigadores a la producción bibliográfica editada por el autor entre los años 1930 y 1963.

Fundación Logosófica –en Pro de la Superación Humana–.
Montevideo, marzo de 2017.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Axiomas y Principios de Logosofía. I tomo. Año 1934.

Cartas Iniciáticas. Año 1935.

Logosofía - Tratado Elemental de Enseñanza. Año 1936.

Axiomas y Principios de Logosofía. II tomo. Año 1937.

Artículos y Publicaciones (Recopilación). Año 1937.

Perlas Bíblicas. Año 1938.

Nueva Concepción Política. Año 1940.

Biognosis. Año 1940.

Intermedio Logosófico. Año 1950.

Introducción al Conocimiento Logosófico. Año 1951.

Diálogos. Año 1952.

CARLOS BERNARDO GONZÁLEZ PECOTCHE
(RAUMSOL)

EXÉGESIS LOGOSÓFICA

BUENOS AIRES
1956

Queda hecho el depósito de ley y
reservados los derechos del autor.

Accediendo a insinuaciones formuladas por distinguidos amigos del mundo de las letras y, más que nada, por imponérselo una exigencia conceptual, el autor de esta obra reemplaza por primera vez el seudónimo "Raumsol" con que acostumbraba rubricar sus producciones, por su propio nombre.

En homenaje a la verdad debe manifestar que lo hace con algún pesar, pues su vida toda se había identificado con esa palabra que tan familiarmente resonaba en los oídos de sus discípulos y que usó, como es público y notorio, desde que diera a conocer al mundo sus nuevas concepciones sobre el Universo y el hombre y fundara la Institución que fomenta y desarrolla la obra logosófica, extendida hoy a varios países del continente.

PRÓLOGO

La publicación de esta "Exégesis Logosófica", de fácil manejo y clara exposición, está destinada a promover mayor agilidad al movimiento de atención que requieren los simpatizantes de la obra logosófica desde el instante en que se proponen interiorizarse a fondo del método que emplea para el cumplimiento de su alta finalidad humanitaria.

Este libro, al exponer una parte de los principales y originales lineamientos de las concepciones sobre las cuales se basa, permite, sin prevenciones, el acceso a las claras fuentes de la sabiduría logosófica, poniendo al alcance de todos, los elementos de juicio indispensables para la formación de un concepto claro y preciso sobre lo que ella trae como originalidad, sobre sus proyecciones en la vida consciente de los seres humanos y sus frutos a través de más de un cuarto de siglo. Ello implica la garantía más absoluta de seriedad, honestidad y sencillez que brinda este movimiento de superación de las calidades superiores del espíritu.

Nos hemos propuesto ofrecer en sus páginas una síntesis de los puntos que convergen en el proceso

de preparación para el ingreso a la Fundación Logosófica, los que por su importancia alcanzan aún a la vida activa de discípulo.

Si para grabar en la memoria un estudio se requiere fijar la atención y repetirlo varias veces, para tener conciencia de muchos pasajes de la vida en franca evolución es necesario reproducirlos con relativa frecuencia, reviviéndolos, para beneficio de la propia experiencia logosófica, en el noble ejercicio de ayudar a otros, con lo cual se perfeccionan posibles actuaciones no muy eficientes y felices. Este libro actuará como incentivo y reactivo a la vez de las energías internas, a fin de que pueda aplicarse con eficacia el pensamiento logosófico en cada situación o circunstancia que deba enfrentarse, siendo principalmente útil al discípulo en aquellas que se relacionan con la ayuda al semejante en este aspecto tan ponderable de su solicitud.

Finalmente pensamos, que, por su carácter esencialmente extensivo de la enseñanza logosófica, él habrá de cumplir con holgura su bien delineado objetivo de asesoramiento a todos los simpatizantes de esta obra, enriqueciendo, por otra parte, nuestra ya amplia línea bibliográfica.

ESQUEMA PREVIO

La sabiduría logosófica se caracteriza por su originalidad al traer como mensaje una nueva generación de conocimientos relacionados con la vida interna del ser humano, su proceso de evolución consciente y las proyecciones metafísicas de su espíritu.

Ha instituído un método de perfeccionamiento que enseña cada tramo a recorrer en la formación de una nueva vida y en la superación de todos los valores de la inteligencia y la sensibilidad. Las enseñanzas que imparte con ese fin, al desarrollar las aptitudes básicas del hombre y determinar las normas que impone el proceso de evolución consciente, permiten el esclarecimiento de las ideas y la fecundación constante de otras nuevas directamente vinculadas a la superación individual.

Para favorecer la realización de tales principios y objetivos se constituyó el 11 de agosto de 1930 la Fundación Logosófica, institución que reúne en su seno a centenares de logósofos que se orientan y guían siguiendo sus disciplinas bajo el lema de prin-

cipios éticos superiores de respeto, tolerancia y libertad.

No escapará al juicio de nadie, que para consumar ideales tan nobles y grandes de perfeccionamiento se ha debido crear, necesariamente, un medio adecuado a las circunstancias que deben rodear por igual al estudio como a la investigación y la experiencia en los vastos dominios de esta alta ciencia.

Por primera vez se ensaya en el mundo un método tan eficaz para el esclarecimiento de los planteamientos que la inteligencia se ha formulado sobre los enigmas de la vida y los misterios de la figura humana, tan compleja en su estructuración psicológica y espiritual. Y ello ha debido ser, indefectiblemente, sobre la base del conocimiento de sí mismo en su maravilloso contenido y en la dimensión de sus amplias proyecciones.

Nadie penetra en nuestra Institución en calidad de discípulo, sin haberse formado en la etapa preliminar que debe cumplir como aspirante, un amplio concepto de este nuevo género de conocimientos que habrá de enriquecer su conciencia. Al ingresar lo hace perfectamente convencido, tanto de la originalidad de la enseñanza como de la alta moral que prescriben sus inconmovibles principios de bien. Sabe que ensayará un nuevo y edificante método de superación individual; que en Logosofía todo es actividad, observación y práctica viviente de los conocimientos que se asocian a la vida; que podrá observar a cada uno de los que cultivan las excelencias del espíritu y trabajan por una humanidad

mejor, y aprovechar en la edificación de la nueva vida los elementos constructivos que surjan de hechos o circunstancias vinculadas con su evolución consciente en relación directa con la de los demás.

A todos los discípulos asiste la misma prerrogativa de observar, causa por la cual ninguno escapa a esa discreta, pero sutil regla que impone el proceso de evolución. Ésta no siempre se cumple, ya que hay quien la olvida poco después de ingresar, hecho que obliga a reiterárselo con oportunos llamados de atención. Sin embargo, un ser ha seguido al olvidadizo por todas partes y le ha observado permanentemente: él mismo, que, al fin de cuentas, se interesa en ello más que nadie.

La conciencia, activada, controla todos los pensamientos y actos del logósofo; naturalmente que en la medida en que éste evoluciona y da a aquélla el legítimo derecho de corregirle, enderezarle y auxiliarle. En tanto esto ocurre, ciertos conocimientos logosóficos han hecho las veces de conciencia, facilitando el desenvolvimiento interno inicial del ser y conduciéndole con mano firme al conocimiento de sí mismo.

CONSIDERACIONES SUGESTIVAS

Las verdades que descubre al entendimiento humano la sabiduría logosófica no son accesibles a los seres cuyas mentes se hallan llenas de prejuicios; por esta simple razón: las manos no pueden tomar en sus palmas un tesoro, si permanecen cerradas, guardando prendas altamente cotizadas por la propia estimación.

No se exige al aspirante de este nuevo saber que elimine sin reflexión sus antiguas y arraigadas creencias sobre hechos, conceptos, cosas o ideas. Todo lo contrario: logosóficamente no se cambia un concepto por otro sin haber observado antes los beneficios que puedan obtenerse de ello para la propia evolución. Sólo se invita a realizar un sereno y meditado examen de confrontación entre las viejas creencias y las nuevas concepciones ofrecidas, a fin de que se pueda escoger, a la luz de los nuevos conocimientos, las mejores que se ofrezcan a la reflexión. Esto es muy conocido por el logósofo, que ha pasado por esa notable y a la vez saludable experiencia.

Debe tenerse aquí presente que muchos prejuicios vienen de la infancia, inculcados con la mayor buena fe por los padres en esa edad en que no interviene

en nada la reflexión. Esto obra en los hijos a modo de sugestión y es, por tanto, un factor de perturbación que afecta considerablemente la libertad de pensar cuando la conciencia, en auge de evolución, exige la confrontación sana y razonable con estos valores con los cuales se ha tomado conocimiento.

No todos se detienen a pensar que pueden existir verdades superiores a las que suponen conocer; sin embargo las presienten, y hasta alimentan inconscientemente la ilusión de encontrarse con ellas en los azares de la vida.

Los conceptos que emanan de la sabiduría logosófica están basados en la realidad de una concepción superior esencial y asistidos por la fuerza de una lógica incontrariable. En ellos la verdad no es invocada porque son parte de la verdad misma. Al apreciar su valor y poder constructivo, el aspirante optará por adoptarlos, abandonando los vulgares y antiguos que posea. Ese cambio significará un paso positivo en la renovación de sus fuerzas internas.

Es verdad incuestionable que no hay evolución sin cambios, y esto presupone que deben por fuerza producirse en el ámbito de las propias ideas y pensamientos los lógicos desplazamientos que hacen posible la cabida de otros nuevos, más vigorosos y fecundos; sobre todo si se tiene en cuenta que estos agentes de la inteligencia habrán de colaborar activamente en la formación de una conciencia capaz de abarcar los conocimientos más preciados y alternar con seguridad y dominio en el mundo metafísico, el de las ideas madres y los pensamientos cumbres.

¿QUIÉN NO GUSTA TENER UN CONOCIMIENTO MÁS?

Uno, dos o más conocimientos sirven en lo corriente para aumentar la eficacia en la profesión o en el desempeño de cualquier actividad. En ciencia, filosofía y arte, por ejemplo, sirven para perfeccionar la investigación o dominar mejor el campo de la experiencia personal. Pero el número de conocimientos, por variada que sea su índole, si bien instruye y capacita a la inteligencia en el desarrollo gradual de aptitudes mentales, se proyecta siempre hacia lo externo del ser, sin promover ninguna vinculación con lo interno; nos referimos, claro está, a lo interno desde el ángulo en que lo concibe y enseña a vivir la Logosofía. No hay duda que la señalada capacitación intelectual motiva y da lugar a la elevación de la moral y cultura del ser, mas ésta, salvo contados casos, no permanece libre de las implicaciones del instinto, dado que no existe la fuerza neutralizante de la conciencia como factor decisivo del comportamiento individual.

El conocimiento logosófico, en cambio, superando cuanto pueda imaginarse, enseña la forma inteligen-

te y segura de aprovechar las energías internas. Guía al discípulo propiciándole el encuentro consigo mismo, con sus fuentes vivas, con sus ignorados recursos, que luego afloran a la vida para convertir en realidad lo que otrora fueran recónditas posibilidades.

Siendo los conocimientos logosóficos potencias estáticas que cobran actividad y poder no bien son libertados del misterio que los aprisiona, sólo deben usarse honestamente, con pureza mental, en los altos fines de la evolución individual. Pareja con esa honrosa conducta que regirá como norma a lo largo del camino del perfeccionamiento, deberá observarse la que corresponde al uso de esos conocimientos en servicio de la gran obra de superación psicológica y espiritual de la especie humana.

Gustar de un conocimiento más, tratándose de algo que ofrece tan singulares prerrogativas, significa que se ha comprendido y valorado su inmensa trascendencia para el mundo y los hombres.

DIFUSIÓN LOGOSÓFICA

La difusión de la enseñanza logosófica es asunto que requiere máxima atención por parte del discípulo, pues se trata de dar a conocer un saber nuevo, que, por esa misma causa, exige una dilucidación especial. Se explica que frente a toda nueva verdad se opongan reparos, ya que ésta toma a las mentes desprevenidas. Esos reparos son, precisamente, los que dan pie al logósofo para usar la enseñanza correspondiente, que disipe toda duda. Conociendo por experiencia el caso, hará bien en no apartarse un ápice del pensamiento original de la Logosofía. Cuenta para ello con una vasta bibliografía que ilustra con la debida amplitud y detalle sobre los conocimientos que la concepción logosófica descubre a la inteligencia humana. A esa bibliografía deberá, pues, recurrirse cuando la interpretación ofrecida sobre los mismos no satisfaga plenamente las aclaraciones que soliciten los que se interesan por penetrar más a fondo en esta ciencia trascendente y enteramente humana en sus proyecciones evolutivas, sin olvidar que la difusión del pensamiento logosófico sólo comprende una somera información sobre sus

bondades, las excelencias de su método y los resultados obtenidos a través de largos períodos de experimentación individual y libre, de la enseñanza.

Sin querer entrar aquí en el asesoramiento directo, tratado en otros capítulos, será útil, sin embargo, la recomendación de que se advierta a quienes reciban las primeras informaciones, que la palabra "creer" es sustituída en el lenguaje logosófico por la palabra "saber". Es hacia una firme y sólida convicción que se quiere llevar al aspirante, es decir, a que pruebe por sí las trascendentales verdades que contiene la concepción logosófica, dado que la práctica interna de esas verdades es el factor preponderante para su aquilatamiento en la conciencia. Esto deberá ser aclarado muy especialmente a fin de que no exista la menor confusión al respecto.

CONCEPCIÓN DE LA VIDA

La verdadera vida es la que la Logosofía enseña a vivir. Cuenta esa vida con dos campos o zonas perfectamente definidas: la interna, donde el espíritu absorbe el conocimiento de sí mismo (elixir de felicidad), y la externa, donde el ser prueba la consistencia de las excelencias logosóficas en la práctica diaria.

Pero antes de alcanzar la conciencia de esa realidad deben experimentarse, mediante el proceso de evolución consciente, una serie de cambios psicológicos y conceptuales que determinen positivamente la vinculación con la vida superior.

La amplitud de miras y oportunidades que abre a la vida ese proceso, permite que ésta fructifique en ideas y pensamientos de la más bella calidad. Es deber no interrumpirlo, para no disminuir con ello las posibilidades ni los alcances de la inteligencia.

Conocer la realidad del mundo interno, con sus imponderables elementos, que configuran la psicología individual, es hacer que esa realidad pertenezca al dominio de la propia voluntad. Dicho dominio abarca el conocimiento real de los pensamien-

tos que actúan en la mente. Atrayendo y escogiendo los mejores, puede el logósofo servirse de ellos para dar cumplida realización a sus anhelos y aspiraciones, e incluso alcanzar los grandes objetivos que se haya propuesto en la vida.

El conocimiento de las reacciones del temperamento, de la susceptibilidad, y aun el de la zona en constante rebeldía del propio ser autoritario, con su impulsividad impresa en las palabras y las acciones, ayuda a resguardar la vida de toda eventualidad imprevista y desafortunada. Las energías que alimentan tales reacciones, aprovechadas en virtud del proceso de evolución consciente, entran a impulsar las actividades de la inteligencia en fines de alta utilidad práctica, como lo son aquellos que conciernen al perfeccionamiento de los tres sistemas: mental, sensible e instintivo.

La vida externa, la que se proyecta fuera de nosotros mismos en las relaciones con nuestros semejantes y en los contactos con hechos y cosas, debe reflejar, sino toda, una parte ponderable de nuestra vida interior.

Organizada esa vida interior y prolijamente limpios todos los rincones de la misma, que brillarán como espejos, se habrá logrado un nuevo y mejor concepto de sí mismo; y no se incurrirá ya en la sobrestimación de lo propio, porque se cuenta en el haber con lo que antes se poseía en apariencia.

A medida que los conocimientos logosóficos van iluminando los ámbitos oscuros del entendimiento, el discípulo experimenta las emociones más felices.

¿Cómo no experimentarlas si está conociendo su pequeño mundo? Un mundo que no por pequeño deja de ser tan maravilloso como todo lo creado para bien del hombre y exaltación consciente de su espíritu.

LOS CONOCIMIENTOS LOGOSÓFICOS

Los conocimientos logosóficos son fuerzas que la inteligencia usa para incrementar la vida espiritual del ser, y quien los practica sabe que son fuentes de energía interna de inestimable valor para la suya propia. Carecer de ellos es privarse de las maravillosas prerrogativas concedidas a la inteligencia y privar también a la existencia de sus más excelsos atributos.

Sin el concurso de tan inestimables elementos de inteligencia, que dan igual holgura al pensamiento y a la idea como al sentimiento y la conciencia, la vida se torna estéril y sombría.

Si en lo común los bienes que tantas satisfacciones conceden al individuo son los materiales, y por ende, perecederos, razón por la que quizá excitan su codicia, en lo trascendente, o sea en el mundo superior, fuente del saber eterno, los bienes inmateriales, que suman los tesoros del conocimiento, son efectivos e imperecederos. La capacidad para poseerlos, en lo cual media el proceso de evolución, garantiza la permanencia de su posesión. En cuanto a su acrecentamiento, bueno es no ignorar que en los domi-

nios del saber, contrariamente a lo que ocurre en el mundo corriente, más se recibe cuanto más se da. Donde no hay mezquindad no pueden existir limitaciones.

El conocimiento amplía la vida. Conocer es vivir una realidad que la ignorancia impide disfrutar.

CONCEPCIÓN DEL BIEN

La concepción del bien contrapone a la faz universal del mal su poder constructivo y reconfortante. La belleza inefable del primero triunfa en definitiva contra los artilugios del último.

La Logosofía enseña a pensar en el bien y a sentirlo en toda su fuerza. Quien empeña sus esfuerzos y energías en la loable empresa del propio perfeccionamiento, de hecho cumple ese requisito.

Ser bueno, pero no tonto; he ahí la cuestión.

El bien que hagamos al semejante debe ser espontáneo, nunca obligado; ni siquiera por las circunstancias. Quiere esto decir que nuestra bondad habrá de estar únicamente supeditada a nuestro libre albedrío y sentir.

SABIDURÍA LOGOSÓFICA

Siendo que la sabiduría logosófica trae como mensaje un nuevo género de conocimientos surgidos de la concepción más perfecta de la realidad humana, y abre un sendero de evolución consciente a todos los seres que anhelan recorrerlo, se previene que no deben mezclarse sus fundamentales enseñanzas con antiguas o modernas filosofías ni con ciencia alguna, incluyendo la psicología.

La ciencia, el método y los conocimientos que la conforman son absolutamente originales y, por tanto, de su exclusiva pertenencia.

¿Quién ha hablado antes de ahora de posibilidades para el hombre en el sentido de realizar individualmente un proceso de evolución consciente, mediante el cual supere al máximo sus condiciones anímicas y psicológicas así como las excelencias de su inteligencia? La sabiduría logosófica no sólo ha descubierto ese camino, sino que enseña también a recorrerlo hasta donde alcance el propio empeño y la decisión de cubrirlo.

¿Quién explicó la influencia directa que ejercen

las leyes universales sobre la vida interna del hombre? La sabiduría logosófica ha puesto en evidencia esa influencia y enseña cómo puede ser aprovechada inteligentemente.

LA OBRA LOGOSÓFICA

Es ella un vastísimo campo experimental donde el discípulo, con el ejercicio y práctica de los conocimientos que emanan de la sabiduría logosófica, aprende a manejar con acierto su vida; esto al mismo tiempo que comprueba a qué grado de turbación y negligencia conduce la ignorancia, vista y observada en infinidad de seres que a diario trata fuera de la órbita logosófica.

De los múltiples aspectos en que la obra se configura, el discípulo extrae los elementos vivos que usa para su perfeccionamiento y saber.

Colaborar en ella es para él un deber ineludible, porque de esa colaboración surge con nitidez la figura respetable del discípulo.

En el ejercicio de las diversas funciones y actividades que implica dicha colaboración, encuentra el mejor y más adecuado medio de adiestramiento consciente en el uso y manejo de los conocimientos logosóficos.

El discípulo sabe que su vida es parte de la obra; por tanto, su afán consistirá en procurar que esa parte sea siempre digna del todo.

La obra logosófica es fuente inagotable de estímulos que se renuevan constantemente, promoviendo un aumento progresivo de la dinámica mental. Ella suscita entusiasmos plenos de saludables empeños que el discípulo aprovecha para impulsar su ánimo hacia progresos cada vez mayores, no sólo en su evolución, sino también en los aspectos más salientes de su vida.

APRECIACIÓN DE VALORES

A esta altura del movimiento logosófico, tras cinco lustros de valiosísima experiencia, son ya indiscutibles los resultados extraordinarios obtenidos por la enseñanza logosófica, que abre a los hombres nuevos horizontes y señala como ruta única para trasponerlos, la del conocimiento de sí mismo, del mundo mental o metafísico, de las leyes universales y de Dios.

Las posibilidades de alcanzar ese desiderátum no están vedadas a nadie, cualquiera sea su edad y grado de cultura. Mas no cabe duda que los valores morales e intelectuales logrados en la vida común permiten una ascensión más rápida de esa ruta; siempre, se entiende, que los poseedores de tales valores sepan diferenciarlos con acierto de los conocimientos logosóficos, con los cuales habrán de auxiliarse eficazmente a lo largo de todo su recorrido.

SISTEMA MENTAL

Nada más vasto y grandioso, desde el ángulo de las posibilidades humanas, que este descubrimiento. Sin conocer el fondo cabal del mismo, es muy difícil e ingrata la tarea de los desplazamientos de la naturaleza inferior del hombre en favor de la superior. Es que los actos trascendentales de la vida están vinculados íntimamente al plano mental y espiritual. De ahí la necesidad imperiosa que obliga al hombre a conocerse a sí mismo mediante el proceso de sabiduría que implica descubrir cómo accionan los sistemas que integran el mecanismo microcósmico, o sea su propio mundo interno, consciente de cuanto en él ocurre.

El sistema mental, integrado por la mente superior y la inferior, es la prueba más palpable de la genial creación de la estructura psicológica humana. Desconocido por el hombre mismo que lo posee, su realidad se pone de manifiesto no bien los conocimientos logosóficos descubren su existencia.

La evolución consciente debe su realidad a la efectividad de ese maravilloso sistema, configurado por las dos mentes, las facultades de la inteligencia en sus respectivos cometidos y los pensamientos.

LOS PENSAMIENTOS

Por primera vez, tras siglos de reclusión en las sombras de lo ignoto, ha sido concedido a los pensamientos un lugar prominente, tratándoselos como corresponde a la realidad de su existencia. Es la sabiduría logosófica la que ha alumbrado tan curioso como prodigioso acontecer, permitiendo al hombre conocerlos e identificarlos en sus impulsos y tendencias.

Tratándose de entidades animadas autónomas, que tan pronto pueden estar en una mente como en otra, el logósofo aprende a diferenciar los propios de los ajenos; a rechazar los malos y a quedarse con los buenos. Mas no ha de creerse que esa selección sea tan fácil ni que se logre sólo con quererlo: hay pensamientos que son poco menos que dueños de la vida, y el hombre se supedita a ellos mansamente, pues suelen ser más fuertes que su voluntad.

Los conocimientos que respecto de los pensamientos brinda la sabiduría logosófica son tan extraordinarios en su originalidad como en su lógica y tienen un valor fundamental para la evolución consciente del ser. Clave magnífica es la que se refiere

a la procreación de los propios y al mejor empleo que ha de hacerse de los ajenos.

Los pensamientos son consubstanciales con el espíritu, pero una vez concebidos en la mente pueden tener total autonomía, con prescindencia de la tutela que sobre ellos ejerza la inteligencia o sometidos a su autoridad.

Se ha dicho que el pensamiento no tiene forma ni figura. Tampoco la tendría el hombre si una vez concebida su creación en la mente de Dios ésta no se hubiera materializado. Un edificio, antes de ser construído, está en calidad de pensamiento en la mente del arquitecto; lo mismo la escultura en la del artífice, y, sucesivamente, todo cuanto antes de ser materializado permanece en la mente como pensamiento o en estado inmaterial.

El logósofo sabe que en su mente pueden haber pensamientos útiles e inútiles. En él está eliminar los últimos, que además de no servir, estorban, y propender a la generación de aquellos de alta utilidad para la realización de sus planes de perfeccionamiento.

LA IMAGINACIÓN

La Logosofía, al definir a la imaginación, la denomina: imágenes en acción. Es indudable que se requiere la realización de un proceso de conocimiento para que esas imágenes accionen equilibrada e inteligentemente. Se sobrentenderá que en el ser corriente, carente de ilustración acerca de esa realidad, dichas imágenes se mueven discrecional, antojadiza o arbitrariamente.

La imaginación debe ser tratada con sumo cuidado. No ha de influir en la vida del discípulo, aun cuando éste sabe que circunstancialmente puede servirse de ella para sus exploraciones en el mundo metafísico. En ese caso vigilará que cumpla su cometido sin excederse en sus informes.

La imaginación es creadora sólo cuando no se aparta de la realidad.

En la mente del ser común, bueno es tenerlo presente, promueve confusión y engaño la forma como hipertrofia las imágenes que presenta como reales. Es frecuente confiar en ella demasiado y, a la postre, atribuir sus consecuencias a otros factores; nunca a la propia imaginación. Por esta razón la Logosofía

previene contra su influencia, que es necesario neutralizar.

La imaginación invita a la comodidad. Cree que va a todas partes y no aparece en ninguna; se embriaga con la ficción, y, de mil proyectos, rara vez y con mucha dificultad consigue llevar uno a término. A ella todo le resulta fácil e insta al ser a creerlo así. Esta maniobra resta fuerza a la voluntad, que acaba por ser anulada. Aun cuando conducida por la inteligencia puede la imaginación prestar a veces algún servicio, el recurrir a ella no es recomendable.

En la realización de todas las cosas, especialmente las difíciles, es la actuación de la inteligencia la que debe privar, la cual mueve y activa la voluntad para consumar con éxito su gestión. Olvidar esta realidad es preferir una inferioridad que nadie puede ni debe desear.

CÓMO REHACER LA VIDA

Cabe destacar las satisfacciones íntimas que experimenta el aspirante al obtener las primeras comprobaciones de la verdad que los conocimientos logosóficos entrañan. Es allí cuando tiene la sensación de penetrar en un mundo nuevo, hasta entonces desconocido, pero de un valor incalculable para la capacitación progresiva del espíritu en el dominio consciente de la inmensidad creada, y la más franca emoción traduce su ánimo cuando ve con asombro que es absolutamente real la posibilidad de rehacer su vida, forjándola sobre sólidos basamentos y con una amplitud que antes habría considerado imposible.

¿Cómo se puede lograr eso? La Logosofía indica los medios que deben utilizarse, enseñando que el gran elemento, la materia prima con que ha de elaborarse la nueva vida habrá de tomarse del propio ser. Entran en esa materia prima el entusiasmo, el esfuerzo, la paciencia, la perseverancia, la voluntad, etc. El resultado de las observaciones, estudios, experiencias y conocimientos que se vayan asimilando, constituye el segundo gran elemento con el cual se

obtendrá la primera combinación psicológica con intervención directa de la conciencia, condicionada por la inteligencia.

¿No se han querido conocer los enigmas que entraña la vida humana? Se impone entonces rehacerla, no en su organización fisiológica, sujeta a leyes inexorables que no permiten comenzar de nuevo las funciones biológicas, sino en su estructuración mental y psicológica, que es lo que más interesa al espíritu humano en cualquier edad en que se encuentre; rehacerla creando una nueva individualidad, para poder así penetrar en su enigma y descifrarlo según sea el grado de sabiduría que se logre a medida que vaya cumpliéndose el proceso de evolución consciente.

DEFICIENCIAS PSICOLÓGICAS

La Logosofía las puntualiza concretando sus alcances y la forma de librarse de ellas. Nos limitaremos a enunciarlas, a fin de que el lector pueda tener cabal conciencia de su importancia y afirmarse a la vez en la apreciación de que es tarea ineludible desprenderse del lastre que cada una de ellas representa, si se quiere ascender a las alturas de la perfección y la sabiduría.

Las principales, que suman cuarenta y cuatro, son: Falta de voluntad. Indiscreción. Indolencia. Falsa humildad. Inadaptabilidad. Obstinación. Vanidad. Irritabilidad. Desobediencia. Cortedad. Soberbia. Necedad. Displicencia. Impaciencia. Debilidades. Susceptibilidad. Entrometimiento. Indisciplina. Hosquedad. Egoísmo. Desorden. Brusquedad. Intemperancia. Indiferencia. Desaseo. Codicia. Falta de memoria. Verborragia. Engreimiento. Rencor. Impulsividad. Incumplimiento. Vehemencia. Intolerancia. Amor propio. Terquedad. Credulidad. Inconstancia. Hipocresía. Petulancia. Curiosidad. Fatuidad. Negligencia. Rigidez.

Señala aún la Logosofía otras veintidós, colaterales

de las anteriores, las que determina como propensiones, de acuerdo a la siguiente clasificación: Propensión al engaño, a la adulación, a la frivolidad, al disimulo, a prometer, a creer, a la ilusión, al deleite de los sentidos, al aislamiento, a la exageración, a lo fácil, al abandono, a la discusión, al desaliento, a la desesperación, a la desatención, a la ira, a confiar en el azar, a vituperar, al pesimismo, a la licencia, al descuido.

No ha de pensarse que la eliminación de una o más deficiencias implica una tarea pesada u odiosa. Todo lo contrario: nada más grato que el goce que proporciona el triunfo sobre cualquiera de ellas, aunque lógico es pensar que si se está modelando la propia escultura, ello demande algunos golpes fuertes de martillo antes de emplear el buril.

La experiencia logosófica ha demostrado ya cuán valiosa es esa parte de la obra de superación que el ser debe cumplir.

LAS DOS MITADES DE LA VIDA

Todo aspirante al saber logosófico debe tener presente que su vida, desde el instante de iniciar el proceso de evolución consciente, se dividirá en dos mitades. Una pertenecerá al pasado. De ella no ignora nada y fácil le resultará hacer un resumen de cuanto hizo mientras la vivió. La otra, la que habrá de vivir logosóficamente, será de un volumen diez veces mayor por lo menos, respecto de la primera, y en el curso de la misma habrán de verificarse en él grandes y saludables cambios que promuevan alternativas de honda repercusión interna y definan su conducta futura.

Es ésta una realidad comprobada por centenares de discípulos que hoy, como ayer, como hace más de veinticinco años, llevan adelante con fervoroso entusiasmo esta obra de bien.

ASPECTOS DEL PROCESO LOGOSÓFICO

Entre los muchos aspectos que configuran el proceso logosófico, el aspirante hallará a poco de andar, que algunos de ellos, los de perspectiva más inmediata, ceden al influjo de la nueva orientación y, en su lugar, aparecen elocuentes manifestaciones de positiva superación. Esto ocurre, naturalmente, con todos aquellos aspectos que se hallan dentro del cuadro psicológico que define las predisposiciones del ser.

Es tendencia muy corriente, por ejemplo, el atribuirse a sí mismo toda la razón en las discusiones, sean de la índole que fueren. El discípulo, que conoce ya cómo accionan los pensamientos, sabe también que la función de pensar no debe ser sorprendida por apremios circunstanciales. Adiestrado en esa función convenientemente, está facultado para dotar a la mente de todos los elementos que autoricen la emisión de un juicio sereno y acertado. Por tanto, no pecará de suficiente cuando lo que se ha buscado en la dilucidación de un problema o asunto, es su solución. Si lo que propone mantiene la disidencia de opiniones, ello no será obstáculo para que culmine en un cordial apretón de manos. Buscará luego dentro

de sí las posibles razones que asistían a su contrincante, para tratar de descubrir en ellas el elemento que tal vez a él le faltó.

Otra tendencia muy común, dentro del cuadro psicológico ya indicado, es la de atribuir a los demás la culpa de cuanta circunstancia adversa sobrevenga a la vida, como asimismo de todo hecho que afecte el concepto o los propios intereses. El discípulo no busca en otros las causas de sus eventuales contrariedades, que ha aprendido a encontrar dentro de sí. Tampoco le exaspera la impaciencia, que deprime el ánimo, y practica en su reemplazo, con inteligencia y habilidad, tal como se lo enseña el método logosófico, la paciencia, con lo cual evita sufrir las consecuencias de las alteraciones que la incomprensión o la desesperanza promueven.

Las incitaciones de la naturaleza inferior ya no le tiranizan; su manifiesta preferencia por los elevados goces de la naturaleza superior, que subyugan y vigorizan su espíritu, le permite dominar estados de vacilación o debilidad.

Un aspecto muy importante que cobra realidad en las primeras etapas del proceso es el que libra, por decirlo así, a la expresión verbal de las trabas que obstruyen su buen funcionamiento. Participan de este beneficio quienes no se sometieron nunca a disciplinas universitarias, y pueden incluso atestiguar esta verdad aquellos que cultivaron sus facultades intelectuales siguiendo esas disciplinas. El estudio corriente no brinda tales prerrogativas, y las

excepciones obedecen casi siempre a características innatas. La familiarización con las concepciones logosóficas sobre el sistema mental, los pensamientos y la inteligencia agilizan singularmente los movimientos íntimos de la vida psíquica, dando por resultado, entre otros, una mayor facilidad de palabra. Parejo a ello, se acentúa la capacidad de captar y comprender sin esfuerzo el pensamiento ajeno, sirviendo esa ventaja para la propia observación y el acierto en la conducta social.

ESENCIAL

En la medida que el discípulo anhele avanzar en el mundo superior, debe alejarse simbólicamente del mundo común.

Nadie puede ir al lugar que se propone, si a la vez pretende permanecer en el punto de partida.

SABER QUERER

Muchos son los que se allegan a las puertas de esta fuente original de conocimientos, pero es hecho comprobado que, salvo rarísimas excepciones, nadie sabe lo que quiere en verdad al dar ese paso. El saber logosófico conduce desde ese instante al aspirante a forjar dentro de sí un verdadero querer, a cuyo efecto le enseña a conocer a ciencia cierta qué es lo que debe querer por encima de todas las aspiraciones nobles. La ignorancia a ese respecto es lo que promueve en él confusión y desorientación.

CAMPO EXPERIMENTAL Y EXPERIENCIAS

Para el logósofo, el campo experimental es la vida misma, el mundo, y, muy particularmente, su propio mundo interno. Es allí donde deben verificarse los hechos que revelen, paso a paso, los adelantos logrados en el proceso de evolución consciente.

Siendo una parte ponderable de los conocimientos logosóficos destinada a ese proceso, que implica a la vez el conocimiento de sí mismo, todo lo que en él se experimenta debe ser estudiado a fondo, de la misma manera que debe llevarse a la experiencia aquello que se estudia, para que la asimilación del conocimiento sea total. Esta directiva, clara y sencilla, tiende a eliminar cualquier intento de especulación intelectual, por cuanto no cabe en ella ningún tratamiento externo con miras a beneficiar egoísta o mezquinamente a la persona.

En cuanto a las experiencias, están clasificadas en tres grupos: las de orden mental, las de orden sentimental y las de orden instintivo, todas ellas promovidas por la fuerza renovadora de los nuevos pensamientos e ideas inspiradas en la sabiduría logosófica.

Las que se pronuncian en el orden mental son

múltiples y de la más diversa índole, y todas concurren a un único y saludable fin: el triunfo del logósofo sobre las dificultades planteadas por las deficiencias y tendencias de su antigua vida; triunfo logrado mediante el sometimiento a la dura, pero reconfortante y luminosa prueba del desplazamiento y sustitución de las mismas por nuevos y valiosos elementos que le jerarquizan moral y espiritualmente.

Las experiencias de orden sensible corresponden en parte a lo moral y en parte al sentimiento propiamente dicho. En el primer caso se producen a consecuencia de la obligada conversión de los valores internos representados por conceptos de viejo arraigo. La conciencia, enriquecida por los conocimientos logosóficos, es quien obliga a rever el acervo moral y a renovarlo. En los sentimientos se promueve idéntica conmoción que, por lo saludable, resulta altamente benéfica para la experiencia.

La superación debe alcanzar a los sentimientos, y éstos elevarse por encima de la mediocridad del sentir. El amor a la vida, a los semejantes, a Dios, debe entrañar formas de concepción que liberen al espíritu de las restricciones impuestas por las creencias generalizadas.

Finalmente, tenemos las experiencias en las que interviene el instinto, que presentan el cuadro psicológico más obstinado, desde que el instinto resiste toda modificación de su influencia en la vida del ser. Pero la fuerza arrolladora de la evolución cons-

ciente consigue gradualmente dominar sus impulsos e incluso neutralizar su acción devastadora hasta que, dócil ya, sirve a fines más elevados, utilizándose sus energías, las mismas de que antes se valía, para embellecer ahora la vida y ofrecer al espíritu los goces estéticos que brindan las pequeñas como las grandes conquistas de la inteligencia en su constante ascensión hacia la perfección.

He aquí descritos tres aspectos prominentes de la lucha por la superación, lucha de todo punto lógica si se tiene en cuenta que se trata nada menos que de reparar el daño causado a la vida durante el largo tiempo que estuvo esclavizada por la ignorancia.

ÉTICA LOGOSÓFICA

Si bien la cultura común contribuye de una manera ponderable al aquilatamiento de la moral, no alcanza su influencia a la vida interna, donde necesariamente se gesta la moral de los conocimientos superiores, que reglan la conducta del ser.

La conciencia, en tanto es integrada por esos conocimientos, que tienen su fuente en la sabiduría logosófica, impone modos de vivir y de hacer por encima de los comunes, ajustando todos los pensamientos y acciones a la concepción amplia y generosa de la sabiduría que los inspira, cuyos principios prescriben claras normas éticas de elevada jerarquía.

El discípulo que realiza su proceso de evolución consciente con decisión inquebrantable, sabe que su conducta debe ser égida invulnerable contra la dialéctica del sofista, argumento incuestionable de convicción para el escéptico, fuerza arrolladora para el recalcitrante coleccionista de ideas momificadas, y acción vivificadora para el que escucha con buena disposición de ánimo la palabra del conocimiento.

En todas las manifestaciones de su vida debe perfilarse la ética logosófica, temperante y recta, como uno de los recursos más eficaces del proceder o conducta que fuera puesta a prueba.

POSIBILIDADES METAFÍSICAS DEL SER HUMANO

Logosóficamente encarada, la psicología estudia y hace experimentar la vida del espíritu.

El discípulo sabe que eso es verdad por las comprobaciones que ha podido hacer en el mundo metafísico merced a las directivas logosóficas, que permiten a su espíritu actuar allí libremente.

Ese mundo es para él tan real como el físico. Mediante la organización del sistema mental, que es consubstancial con el espíritu, puede actuar en los dos: en el físico, solucionando los problemas de la vida con la autonomía que le confiere el saber alcanzado; en el metafísico, superando con los nuevos conocimientos el ejercicio de las facultades de la inteligencia, el desarrollo de las ideas y el dominio de la actividad mental en los órdenes más elevados de las perspectivas conscientes.

La ignorancia traba los engranajes del sistema mental. Se impone, pues, emanciparlo de esas trabas y propiciar su libre desenvolvimiento. El conocimiento logosófico, al perfeccionarlo, permite cumplir esa alta finalidad.

LA LOGOSOFÍA NO ES MATERIA DE DISCUSIÓN

En Logosofía no cabe la discusión. Sus enseñanzas, por difícil que su interpretación parezca, se resuelven al fin en una amplia comprensión de su contenido; en cuanto a sus conocimientos, éstos requieren una preparación interna especial antes de ser asimilados por la conciencia.

Las enseñanzas, por ser de un solo origen y representar valores de alta jerarquía para la evolución del individuo, no son materia de discusión; no pueden serlo, por cuanto no existe antecedente alguno que ensamble con su concepción original.

PREGUNTAS E INQUIETUDES

Hecho muy comprobado en la experiencia logosófica, es el estado de incertidumbre e inseguridad que presenta la generalidad de los seres humanos. Esto se evidencia muy particularmente en los primeros contactos con la Logosofía. Obsérvase, en efecto, que salvo los casos en que se han seguido disciplinas universitarias, no hay un orden en las mentes por normales que sean. Refléjase esa carencia de orden en las preguntas que formulan cuando se les pone a su disposición la mejor buena voluntad de satisfacerlas.

Los aspirantes al saber logosófico tienen diversos interrogantes que por lo común formulan con la mayor soltura. Tal vez eso acontezca porque no son los que más vivamente interesan a su inteligencia o porque en el momento de preguntar olvidan los esenciales. El logósofo, que pasó por idénticas circunstancias, sabe que las inquietudes del espíritu se resumen en interrogantes profundos que la timidez natural, y el amor propio a veces, impiden concretar. Hacia esas preguntas fundamentales de la vida se encamina para dilucidar y aclarar al aspirante tan

importante aspecto de ese reclamo interno en demanda de convicción. Pero, claro está que éste habrá de aceptar antes sin lugar a dudas, el hecho innegable de no haber podido satisfacerlas en ninguna otra parte y por ningún otro medio, razón por la cual habría buscado calmar sus inquietudes en la fuente de la sabiduría logosófica.

Hay algo de suma importancia en esta cuestión de fondo y es lo siguiente: Toda pregunta puede ser contestada y su respuesta satisfacer a quien la formule, pero no nos referimos aquí a las que se nos hacen en nombre de las verdaderas inquietudes internas. Recién cuando la enseñanza logosófica pone al aspirante frente a realidades que antes desconocía, surgen nuevos interrogantes y las inquietudes verdaderamente originales, aquellas que permanecían estáticas en el espíritu esperando el momento de su animación definitiva, se conjugan en el alma con perfecta nitidez. Ahora bien, la experiencia nos ha demostrado con la elocuencia que surge de la más rigurosa evidencia, que las inquietudes del espíritu no se calman ni aun con las respuestas más inobjetables. La inquietud es algo consubstancial con el propio ser; es un vacío, un algo que le falta al alma, que le ha faltado siempre, una necesidad hondamente adentrada en la vida y, por tanto, no fácil de hacerla aflorar a la superficie. Pertenece al fuero interno, al ser íntimo, al espíritu.

Con seguridad y tacto inimaginables, la sabiduría logosófica conduce al aspirante al encuentro de sus

propias inquietudes. Desde allí, haciéndole seguir un proceso lógico de evolución consciente, le permite hacer suyos los conocimientos que gradual y positivamente le van llevando a una comprensión amplia, clara y terminante, no sólo del porqué de aquellas inquietudes, sino de cómo superarlas. Tales avances, efectuados en sucesivas etapas de su proceso de evolución consciente, constituyen de hecho pasos importantes que aquilatan los valores internos y fortalecen extraordinariamente la inteligencia y la sensibilidad.

Para el logósofo, una cosa son las preguntas que se formulan al azar o por casualidad, y otra las que surgen de las necesidades vitales del proceso de evolución. Las primeras, como todo apresuramiento en aquietar las habituales intrigas de los pensamientos, no edifican, de ser satisfechas, sobre firme; las segundas sirven, en cambio, de puente para que ingresen a la conciencia los conocimientos que habrán de iluminarla. Teniendo esto en cuenta, no se incurrirá jamás en falacias del comportamiento frente a una cuestión tan seria e importante para el esclarecimiento de las ideas que habrán de gobernar la vida futura.

ALGO SOBRE LA COMODIDAD

Cuando el discípulo se acostumbra a sacrificar su comodidad en aras de la diligencia, experimenta un placer superior al que antes le proporcionaba la comodidad.

Saber disfrutar con plena conciencia los espacios cómodos que logramos hacernos en la vida, es comprender que el exceso de comodidad es tan pernicioso como el propio abandono.

POLARIDAD

La vida del logósofo se apoya sobre dos polos: el proceso de evolución consciente que internamente realiza y su estrecha vinculación con la obra logosófica, de la que su espíritu se sustenta.

En la medida de su avance en ese proceso, se opera su identificación con la obra logosófica y su preocupación por que se extienda por el mundo.

El logósofo se forma a medida que vive y practica los conocimientos que ingresan a su conciencia. Antes de modelar su vida y erigirla en ejemplo para los demás, debe conocer cada una de las herramientas que habrán de servirle en tan delicada empresa y su uso, a fin de hacerlo con acierto y precisión. Es tarea de años, pero tiene por ventaja permitirle libar desde el comienzo el néctar de la sabiduría logosófica, con lo cual el ánimo se llena de vibrantes y singulares estímulos. Su mundo interno se conecta así al logosófico, constituído por la obra en todos los aspectos que la configuran.

Por propia experiencia se informa de que el centro de gravedad, la fuerza que sostiene su voluntad,

es la seguridad y el entusiasmo que surgen espontáneos de su ser tras la serie de comprobaciones que jalonan su adiestramiento. Por otra parte, siendo que la sabiduría logosófica también se configura en sus fundamentales principios como ciencia del afecto, siente y quiere a la obra entrañablemente, porque sabe que en ella ha encontrado la felicidad ansiada.

DISCIPLINAS LOGOSÓFICAS

Las disciplinas logosóficas no impiden el proceso de las disciplinas corrientes, antes bien, su ejercicio las perfecciona, puesto que tienden a la superación del individuo. Su particularidad consiste, por una parte, en el hecho de inspirarse en normas que establecen las diferentes fases en que se consuma el proceso de evolución consciente, y por la otra —como una consecuencia lógica de lo anterior—, en un gran anhelo de evolución fundamentado en los más altos propósitos de bien propio y universal, estimulado de constante por la fuerza y entusiasmo que conceden las sucesivas observaciones sobre los adelantos de la inteligencia en materia de concepciones y capacidad. Debe agregarse a esto, que tales disciplinas son cumplidas por imperio de una necesidad conscientemente experimentada.

Favorece su práctica el hecho de no ser estrictas sino flexibles, lo que permite al logósofo la cómoda posición de adaptarlas a su vida, acentuándolas a medida que su evolución se hace más efectiva y aprecia los beneficios de su ejercicio.

Las disciplinas logosóficas en nada perturban la

vida corriente en el diario quehacer; por el contrario, ordenan inteligentemente los movimientos de cada actividad, vigorizando los útiles y eliminando los inútiles, de donde resulta un mayor rendimiento del tiempo, que es aprovechado en el cuidado del espíritu y de la vida superior.

PARTICULARIDADES

Una de las particularidades que más resalta en la vida del discípulo es su modalidad y carácter. Siempre se halla bien dispuesto para lo que sea y, sobre todo, alegre, con una alegría ampliamente sentida. Cada triunfo logrado en su proceso, cada conocimiento trascendente que ingresa a su conciencia, cada observación en la que cosecha valiosos elementos vivos que sirven a su perfeccionamiento, cada progreso, es motivo de expansión para su alma, porque sabe y le consta que constituye el resultado de sus propias realizaciones, conscientemente planeadas y orientadas en su proceso de evolución.

La influencia constructiva de los conocimientos logosóficos se advierte en la superación de las calidades, todo lo cual imprime modalidades suaves, precisas, limpias y enérgicas, que distan mucho de ser las ya desaparecidas de impulsividad, brusquedad, violencia y torpeza.

No descartamos que existen excepciones de personas que sin el concurso de la Logosofía han llegado a ciertos niveles de cultura interna, pero desde el momento que esa cultura interna no configura un

proceso de evolución perfectamente determinado, carece de significación en cuanto a su proyección psicológica en la humanidad. Queda ella limitada a la sola perspectiva personal, no pudiendo enseñarse a otros la ruta seguida, tal como lo hace el logósofo, que conoce, hasta donde le fué dado llegar, esa ruta que no tiene fin.

Logosóficamente, la cultura interna es el resultado del perfeccionamiento seguido a través de un gran proceso de evolución conscientemente realizado.

VULGARIZACIÓN LOGOSÓFICA

Aun cuando ha pasado ya el cuarto de siglo desde que la sabiduría logosófica diera a conocer los principios fundamentales sobre los cuales edificaría su obra y el enunciado de las verdades que le darían solidez, éstos no pertenecen todavía al dominio común. Décadas de esfuerzos y sacrificios se necesitan para la preparación de grandes núcleos de logósofos. La extensión de la enseñanza irá, pues, llevándose a cabo en la medida que el número y la eficiencia de éstos lo permitan. Su amplia vulgarización dependerá especialmente del resultado de los ensayos que se están haciendo y de los que oportunamente se hagan en los diversos sectores de la comunidad universal.

TÉCNICA DE LA INFORMACIÓN Y PREPARACIÓN DEL ESTUDIANTE

Un campo de amplias perspectivas para su adiestramiento es ofrecido al discípulo en la información y preparación del aspirante.

Es notorio y repetidamente corroborado en la experiencia, que las personas que solicitan interiorizarse sobre la obra logosófica ponen a prueba el haber de los discípulos que tienen a su cargo esa tarea.

La necesidad de esclarecer los conceptos y enseñanzas evitando sean confundidos por el entendimiento común, hace recurrir al discípulo a su propia experiencia y también a hechos y circunstancias que fueron para él la demostración más elocuente del valor trascendente de la Logosofía. Recordando cómo fueron definiéndose a su comprensión las explicaciones que entonces recibiera, reproduce, reforzado por su propio saber, las imágenes mentales que necesita exponer para satisfacer los interrogantes que le son formulados.

Liberado de prejuicios y afirmado en convicciones, habla al aspirante, más que de la obra cuya di-

mensión escapa a los cálculos de su juicio, de lo que ella ha hecho en él, de los beneficios recibidos, de la felicidad lograda bajo la égida de la sabiduría que la inspira y, situándose en el punto en que se halla su interlocutor, que en actitud recelosa —mezcla de ansiedad y de duda— se siente dificultado en el uso de su libre raciocinio, mide la distancia que él mismo ha recorrido.

Revive así el proceso que iniciara en su primeros contactos con el pensamiento logosófico, y esa revivificación de su acervo le permite aplicar con eficiencia el método de difusión de este nuevo género de verdades.

LA ENSEÑANZA COMO BRÚJULA

Las enseñanzas logosóficas deben ser compañeras inseparables del discípulo. Ellas le indican, muy especialmente, combatir la inercia mental ocupando sus ocios en activar la buena disposición para acopiar elementos de valor que fortalezcan su inteligencia. Cuanto más éste se eleve merced a los conocimientos que incorpore a su vida, tanto más amplia será la visión de su entendimiento.

Descuidar la línea de conducta que traza la enseñanza logosófica es contrariar sensiblemente los propósitos y retardar el proceso evolutivo. Ellas son la brújula del espíritu en sus exploraciones en el mundo interno y metafísico.

LA OBSERVACIÓN CONSCIENTE

La observación asume en el discípulo fundamental importancia, pero ha de ser serena y constantemente realizada. Su crítica, producto de la observación, debe ser siempre constructiva e inspirada en el solo anhelo de ayudar, y hará bien si la usa para recoger elementos positivos, que sirvan a su inteligencia para aumentar los valores de su espíritu.

Cuando se logre que la observación, tal como queda indicado, constituya un hábito, se notará que actúa la conciencia. Y esto se comprueba porque desaparece gradual y definitivamente la inveterada costumbre de distraer la mente en vaguedades. El vacío mental producido por la suspensión frecuente del pensamiento, es una especie de "sopor blanco" —así lo denomina la Logosofía— que, sin ser sueño, recoge la atención como si lo fuera, en modo que mirando no se ve y oyendo no se escucha.

La facultad de la observación debe constituirse en vigía permanente de la fortaleza interna del discípulo. Ello le evitará incurrir en errores como los que se cometen al elaborarse un juicio sobre la base

de la apreciación ajena, y le evitará asimismo que en su mente se introduzcan subrepticiamente pensamientos de índole indeseable como los alarmistas, los tendenciosos o los simplemente nocivos para el propio campo mental.

INDICACIÓN COMPLEMENTARIA

Es aconsejable anotar todos los adelantos que se comprueban desde la iniciación en los estudios y práctica logosóficas, porque, aparte de la satisfacción que concede cada progreso, ello ayuda a perfeccionar la técnica en la aplicación de la enseñanza.

Teniendo en cuenta que la eficacia en su manejo y uso depende de la interpretación exacta que de ella se haga, el discípulo debe esforzarse en absorber su esencia en continuados ensayos, hasta dominar con certeza cada conocimiento. Circunstancias adversas que es necesario prevenir a toda costa porque atentan contra los mejores propósitos de superación, son las creadas por la descontinuación y el demasiado confiar en la propia pericia.

INCONVENIENCIAS DE LA TEORIZACIÓN EN LOGOSOFÍA

Siendo la enseñanza logosófica eminentemente constructiva, limpia de argumentaciones inoficiosas, realizable y práctica por excelencia, el discípulo hará bien en no teorizar con ella. Teorizar es una rutina corriente que no debe ser aplicada jamás a la enseñanza.

La memorización lisa y llana mantiene a ésta fuera de la órbita interna, lo cual no es aconsejable desde ningún punto de vista, porque con ello el discípulo se forma por fuera y no por dentro, que es lo esencial.

La facilidad de recordar las enseñanzas no implica evolución: entiéndaselo bien. Por ese camino se cae en el espejismo; y allí donde se creyó haber adelantado mucho, se encuentra una rotunda desaprobación. El proceso es lo que cuenta, y éste es el que hablará con verdadera autoridad sobre lo realizado.

Señaladas con acabada exactitud las inconveniencias de la teorización, consecuencia inevitable de memorizar la enseñanza, sólo queda un camino: el de la propia y real superación.

El conocimiento surge de la enseñanza conscientemente vivida o aplicada con acierto en cada circunstancia de la vida. Es justamente en esa diferencia de procedimiento que se aprende dónde reside la gran eficacia del método logosófico.

Los conocimientos que se formulan y concretan en la mente, en pleno y eficiente uso de las facultades de la inteligencia, deben formar parte de la conciencia. En el trato diario con la enseñanza conviene ahondar su contenido tantas veces como sea necesario. Ella es activa y exige actividad, movimiento, aplicación. Los resultados no se hacen esperar cuando el saber logosófico se practica a conciencia.

DAR ES ENSEÑAR

El discípulo debe recordar que la generosidad es un arte y un poder cuando se administra con inteligencia. En el campo experimental de la Logosofía éste se beneficia al dar, instantáneamente, pues en el acto de ayudar intervienen factores internos de imponderable valor evolucional.

Dar significa para el logósofo un deber ineludible y obedece a una imperiosa necesidad de su espíritu, por estar íntimamente relacionado ese hecho con su proceso interno de evolución consciente. Actuaciones de esa índole tienen en él una finalidad especialísima: hacer partícipe a otros de las riquezas del saber logosófico, seguro de poner con ello a sus alcances los máximos recursos de bien. Pero la práctica de ese arte, que no obedece sólo a una necesidad del espíritu, sino a una vocación natural del mismo, requiere poseer primero, en mayor o menor grado, la fuente de esos recursos con los que se quiere favorecer al prójimo. En este caso el auxilio logosófico será tanto más eficaz cuanto más sutil sea el tacto y vibrante el sentir que se exterioricen al realizar la función humanitaria.

Como la sola referencia del conocimiento logosófico no basta para persuadir a quien se desea auxiliar, el discípulo se ve a menudo obligado a revivir dentro de sí muchas enseñanzas e incluso los momentos felices que ellas le proporcionaron, trasmitiéndole y robusteciendo al mismo tiempo sus convicciones. Esa revivencia, en la que se efectúa una verdadera reactivación de las zonas cultivadas por la inteligencia, es una de las tantas circunstancias propicias para que florezca el conocimiento logosófico y se afiance el poder de dar.

El que da enseña, porque todo ejemplo es una enseñanza.

ALGO MÁS SOBRE INQUIETUDES

Todos los seres humanos tienen inquietudes espirituales en permanente insatisfacción.

Al discípulo le consta, sin embargo, que las suyas fueron satisfechas en gran parte por la Logosofía, y que ésta aún le despertó otras, más positivas, que también contribuyó a satisfacer con holgura llenándole de paz y bienestar. El mundo metafísico, el alma y el espíritu, el más allá, la conciencia superada, etc., han dejado de ser para él inescrutables.

La Logosofía ha pronunciado su palabra sabia y cierta al respecto, y el logósofo se siente henchido de felicidad y seguridad en tanto consuma su proceso de comprensión hacia el esclarecimiento de misterios insondables para el vulgo.

¿De dónde venimos? ¿Por qué estamos en la Tierra? ¿Hacia dónde vamos? He ahí interrogantes que siempre encontraron el más cerrado mutismo o la argumentación basada en suposiciones o hipótesis. El logósofo comprueba, en tanto, que en la medida que realiza su proceso de evolución consciente, tales interrogantes se definen por sí solos, al eviden-

ciarse a su inteligencia objetivos de gran trascendencia para su vida.

Nada puede explicar mejor y convencer más que los conocimientos que se consubstancian con tan altos interrogantes; pero la mente no preparada para recibirlos jamás podrá comprenderlos.

Concebir la idea de una posible explicación de semejantes planteamientos, no implica estar en condiciones de abarcar la grandeza del contenido esencial que los resuelve. Entre la mente que inquiere y los conocimientos que la satisfacen debe mediar un proceso racional y consciente que prepare el alumbramiento mental y su consiguiente comprensión definitiva.

LA SEMILLA LOGOSÓFICA

La semilla logosófica, a semejanza del buen cereal, es entregada al discípulo para que la siembre en su campo mental. Naturalmente, éste deberá arar antes la tierra para asegurarse una buena cosecha. Le costará al principio, quizá por falta de técnica, pero no es esto lo que más ha de preocuparle.

Ocurre a menudo que, después de una o dos cosechas buenas, el discípulo, en vez de renovar su semilla para conservar el "pédigree", se tienta y, considerando la propia en condiciones de competir con la de selección, mezcla el buen cereal con semilla de su fabricación. Recién al observar el escaso rendimiento de la nueva cosecha, advierte que en lugar de espigas doradas, cubre el yuyo su desolado campo.

Esto quiere decir que se debe estar siempre al día con la enseñanza, pues ésta evoluciona de continuo en pos de los grandes conocimientos de la sabiduría logosófica.

PREVENCIÓN IMPORTANTE

El aspirante debe tener presente que el mundo común o, más propiamente dicho, el medio ambiente en que debe actuar por fuerza de las circunstancias, le será quizá hostil tan pronto deje de convivir con la frivolidad y desaliño moral propios del mismo. No importa; con prudencia, tolerancia y paciencia habrá de vencer esa resistente oposición. Sin chocar con la modalidad común, se puede tentar una conciliación, buscando, naturalmente, que los semejantes adviertan las ventajas que acusa una conducta inteligente y un dominio perfecto de la situación.

ELEMENTOS QUE CONFORMAN LA CONDUCTA DEL LOGÓSOFO

Los cambios que impone el perfeccionamiento a todo ser que realiza el proceso de evolución consciente, se notan claramente en la conducta. La Logosofía brinda todos los elementos que conforman esa conducta y enseña a la vez a forjarla con los conocimientos que se van adquiriendo en los esfuerzos de superación.

La condición de discípulo impone, necesariamente, la posesión de aptitudes que en el mundo corriente son de excepción. La circunspección, por ejemplo, debe ser en él norma invariable.

El ejercicio natural y constante de la paciencia y la tolerancia influye decidida y finalmente en los cambios apreciables de conducta. Erigidas en virtudes conscientemente practicadas, enriquecen la investigación y conocimiento de sí mismo, a la vez que permiten establecer periódicas confrontaciones con evoluciones paralelas de condiscípulos, de lo cual surge con evidencia, al comprobarse las propias transformaciones y las de ellos, cómo van quedando rezagados los que permanecen ajenos a dicho ejercitamiento.

VALOR DEL TIEMPO

La falta de tiempo que acusan quienes creen estar absorbidos íntegramente por sus preocupaciones, arroja un déficit que tarde o temprano concluye por producir serios desequilibrios en sus vidas.

Existe una medida del tiempo que todos debemos conocer: Si en diez minutos puede cumplirse un quehacer y no lo hacemos, y por el contrario derrochamos el tiempo ocupando en ese quehacer dos horas, habremos gastado inútilmente un valor que en lo futuro tendremos que lamentar.

El tiempo es uno de los agentes de mayor importancia en la senda del perfeccionamiento.

Perfeccionamiento también significa simplificación, intensidad, velocidad.

Logosóficamente la vida cobra intensidad porque se la ha simplificado y porque todos los movimientos de la inteligencia se tornan veloces, pues ésta no malgasta ya el tiempo en inútiles divagaciones ni consiente la pereza mental que la entumece. Y cuando se logra hacer en un día lo que en veinte o en treinta, la vida se amplía en forma extraordinaria, ya

que con ello se multiplican las posibilidades de disfrutarla a conciencia y se avanza en el cumplimiento de su gran cometido.

El tiempo se pierde, en gran parte, cuando no se hace nada; cuando la mente divaga o no piensa. Tiempo que se pierde es vida estéril, que no merece siquiera el honor de ser recordada. He ahí un llamado de atención para quienes malogran su tiempo lamentablemente.

La administración del tiempo es factor preponderante en la vida. Hay que ganarlo como el pan; y se lo gana cuando se vive a conciencia. Vivir así es mantener una permanente atención en todo lo que se hace.

Dominar el tiempo, haciendo que sea fértil o productivo, es haber conquistado una de las claves de la evolución.

Instruído sobre sus valores, el discípulo debe saber usarlo con inteligencia. La distracción, como el desgano, vician las energías y pervierten el ánimo.

El tiempo mejor aprovechado para el espíritu es aquel que el ser físico ocupa en su evolución consciente. Tener conciencia del tiempo que se vive en los dominios del saber significa haber trascendido la esclavitud a que es sometido el hombre en su ignorancia.

Dos instantes sublimes vive el discípulo en las primeras etapas del camino: el primero, cuando guiado por el saber logosófico encuentra al fin el tiem-

po necesario para dedicarlo a su propia evolución, que será la obra de su vida; el segundo, cuando tras aprovechar ese tiempo con inteligencia, advierte que puede ayudar en la evolución a sus semejantes.

EL MAESTRO

El discípulo sabe de los desvelos, las luchas y sacrificios del autor de la obra logosófica a lo largo de veinticinco años cumplidos. Sabe también que se le llama Maestro porque su vida ha sido y es una perpetua enseñanza.

Es el más grande amigo del discípulo, a quien asiste paternalmente con sus sabios consejos y segura orientación.

Recordarle una vez en el día con emoción de gratitud, es un sencillo homenaje que cada discípulo debe tributarle en la intimidad de su corazón.

El Maestro recuerda a todos sus discípulos mientras trabaja infatigablemente para que sea mayor el número de los que escuchan su palabra y se benefician con sus pensamientos, que traen al mundo un nuevo género de verdades.

PARTE FINAL

Estimamos que esta "Exégesis Logosófica" llenará su amplio cometido y servirá de puente levadizo, franqueable sólo a los que acudan a nosotros con los mejores propósitos de servirse del conocimiento logosófico para su bien.

No es de más reiterar que a tales conocimientos no se llega por la mera investigación, aun cuando se la profundice, pero sí mediante sucesivos procesos de superación integral realizados internamente. Sólo entonces ingresan al haber individual en calidad de anticipo de otros mayores que iluminarán la inteligencia.

En este sentido será este libro un auxiliar inestimable, tanto para acercar a las fuentes del saber logosófico como para despertar en la mente sugerencias que conducirán a inquirir lo que se ignora y a satisfacer las sanas inquietudes del espíritu en sus justas demandas de evolución.

ÍNDICE

	Pág.
Prólogo	9
Esquema previo	13
Consideraciones sugestivas	17
¿Quién no gusta tener un conocimiento más?	19
Difusión logosófica	21
Concepción de la vida	23
Los conocimientos logosóficos	27
Concepción del bien	29
Sabiduría logosófica	31
La obra logosófica	33
Apreciación de valores	35
Sistema mental	37
Los pensamientos	39
La imaginación	41
Cómo rehacer la vida	43
Deficiencias psicológicas	45
Las dos mitades de la vida	47
Aspectos del proceso logosófico	49
Esencial	53
Saber querer	55
Campo experimental y experiencias	57
Ética logosófica	61
Posibilidades metafísicas del ser humano	63
La logosofía no es materia de discusión	65
Preguntas e inquietudes	67
Algo sobre la comodidad	71
Polaridad	73

Pág.

Disciplinas logosóficas 75
Particularidades 77
Vulgarización logosófica 79
Técnica de la información y preparación del estudiante .. 81
La enseñanza como brújula 83
La observación consciente 85
Indicación complementaria 87
Inconveniencias de la teorización en logosofía 89
Dar es enseñar 91
Algo más sobre inquietudes 93
La semilla logosófica 95
Prevención importante 97
Elementos que conforman la conducta del logósofo 99
Valor del tiempo 101
El maestro 105
Parte final 107

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL DÍA 21 DE FEBRERO DEL AÑO MIL NOVECIENTOS CINCUENTA Y SEIS, EN LA IMPRENTA LÓPEZ, PERÚ 666, BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

Impreso y Encuadernado en
mastergraf srl
Gral. Pagola 1823 - CP 11800 - Tel.: 2203 4760*
Montevideo - Uruguay
E-mail: mastergraf@mastergraf.com.uy
www.mastergraf.com.uy

Depósito Legal 371.093 - Comisión del Papel
Edición Amparada al Decreto 218/96